



HISPANIA NOVA
Revista de Historia Contemporánea

“El presente como historia
(la idea de un análisis histórico de nuestro tiempo)”

en

Carlos NAVAJAS, *Actas del Primer Simposio de Historia Actual de La Rioja*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1996, pp. 17-44

JULIO ARÓSTEGUI SÁNCHEZ

El texto se publica con la autorización de Carlos Navajas. El Consejo de Redacción agradece la concesión del permiso para su reproducción.

EL PRESENTE COMO HISTORIA (*La idea de un análisis histórico de nuestro tiempo*)

JULIO ARÓSTEGUI
Universidad Complutense de Madrid

Un historien a pour premier devoir de s'intéresser "à la vie"... sans se pencher sur le présent, il est impossible de comprendre le passé.

MARC BLOCH
L'étrange défaite

Con la oleada revolucionaria que recorrió Europa al final del siglo XVIII apareció la *contemporaneidad* como un momento más y como una categoría propia para identificar precisamente un tiempo histórico, como una experiencia peculiar y nueva de historicidad. Fue entonces cuando la contemporaneidad se convirtió en una doble acepción aplicada a la experiencia temporal: era un contenido de conciencia y también era una determinación precisa para cierto tipo de historiografía. Fue también en el curso de las revoluciones liberales en el que surgió la entidad de la *Historia Contemporánea*. La profundidad de los cambios en muchas sociedades del occidente europeo y del ultramar americano¹ hizo aparecer y generalizarse la convicción de asistir al nacimiento de un mundo nuevo. La contemporaneidad era ese nuevo mundo, que había roto definitivamente las cadenas que aherrojaban la posibilidad de progreso, en el que se creía firmemente desde un siglo antes, que había acabado con los Estados absolutos y que anunciaba una era de libertad.

¹ Se supone aquí válida la visión de una "revolución atlántica" a fines del siglo XVIII, a una y otra parte del océano, en cuyo contexto llegó a su punto álgido la crisis del Antiguo Régimen en Europa que culminó con su desaparición, de la misma forma que se transformaba el mundo colonial americano nacido en la edad moderna. Estas concepciones fueron expuestas hace años por R.R. PALMER y por J. GODECHOT.

Con la revolución liberal el concepto de lo *contemporáneo* irrumpió en el vocabulario de la cultura, de la política y, desde luego, en el de la escritura de la Historia. De manera análoga a aquella en que la gran ruptura histórica con que acabó el siglo XVIII y comenzó el siglo XIX ideó la *contemporaneidad*, este final del siglo XX —lo que perdurará presumiblemente en el venidero— ha tomado conciencia del valor de la actualidad, del presente y del instante y, sin decidirse aún a darle un nombre preciso, es evidente que se ha tomado conciencia del significado y valor de la *coetaneidad*, más allá de lo contemporáneo, entre otras cosas porque decir “contemporaneidad” no expresa ya la idea y la conciencia de las que tal vocablo se derivó.

Aunque con una palabra que ni siquiera han admitido los diccionarios, yo me permitiría hablar ahora del nacimiento de la *conciencia de coetaneidad*², lo que equivale otra vez, como en el caso de la contemporaneidad, a hablar del nacimiento de una nueva sensibilidad histórica. ¿Pero realmente contemporaneidad y coetaneidad son cosas diferentes? He ahí la profunda paradoja que con su lucidez acostumbrada ha señalado ya antes Eric Hobsbawm: “la paradoja de la historia contemporánea es su no-contemporaneidad”. Bien es cierto que ello tiene también una historia muy explicable, a la que aquí haremos mención más de una vez. *Contemporáneo* y *coetáneo* son dos palabras que en la abundosa lengua española han aparecido para designar una realidad del mismo tipo, y, sin embargo, ha sido el mismo curso histórico el que ha impuesto una sutil, pero clara y determinante, separación semántica entre ambos términos.

Hoy hace casi cincuenta años que se habla de una *Historia del Presente*. Tal Historia representaría la posibilidad y la necesidad de entender como *históricos* todos los instantes que se encadenan en nuestra conciencia de lo cotidiano. Ha aparecido una sensibilidad nueva a la *coetaneidad* vivida como Historia. De esta forma, volvemos a encontrarnos otra vez con una ya antigua convicción: la de que las épocas de crisis profunda vuelven su mirada de forma acuciante para encontrar nuevas respuestas en la Historia. Y de esas preguntas nacen, entre otras cosas no menos importantes, nuevas concepciones y nuevas maneras de escribir la Historia. A fines del siglo XX, la respuesta básica ahora no puede ser más radical y globalizadora: sólo es posible entender nuestro presente si lo entendemos como Historia.

² Es comprobable que la palabra *coetaneidad* no figura en el Diccionario de la lengua española. Aparece sólo el adjetivo *coetáneo*. Por lo demás, el adjetivo como latinismo no parece tener tampoco una correspondencia precisa en las lenguas cultas de nuestro entorno que lo traducen por “contemporáneo”. Dedicarse a introducir neologismos no justificados no me parece una actividad respetable y el uso que hago aquí del neologismo *coetaneidad* no lo llevo a cabo sin cierta renuencia. Me parece, sin embargo, que la distinción sutil y certera que en la lengua española se percibe hoy entre *contemporáneo* y *coetáneo*, dada la convencional ampliación semántica experimentada por aquella primera palabra, es muy importante para precisar lo que quiere decirse al hablar de una posible *Historia Coetánea* y que esa distinción y ese objetivo justificarían la intrusión que practico. Naturalmente, comprendería bien que no todos los lectores estuvieran de acuerdo con esta argumentación.

³ E. HOBBSAWM: “L'historien et son temps présent”. Es la contribución de Hobsbawm a la obra colectiva *Écrire l'Histoire du Temps Présent*. Paris, CNR Éditions, 1993, p. 95 (citamos en adelante como *Écrire*, seguido de la página).

No es preciso insistir en que la introducción en el mundo de la investigación histórica y del ensayismo social, político e histórico de esta concepción del presente-historia se ha visto ante reticencias y rechazos, escepticismos e ignorancias. Ni qué decir tiene que esa idea misma representa un conocimiento fuerte de la propia concepción de la *Historia* como realidad objetiva y como registro organizado de la memoria. Pero cada Historia engendra su Historiografía, según he señalado ya en un texto anterior y la historia más contemporánea nos presenta precisamente ese agudo cambio en la sensibilidad hacia lo histórico. Lo que llamaremos comúnmente en el texto que sigue - aunque emplearemos también algunas otras expresiones pretendidamente sinónimas - *Historia del Tiempo Presente* (HTP o htp, en adelante) es hoy día, sin embargo, más un proyecto pensado y, en cierta manera, una actividad muy escasamente delimitada, que un proyecto historiográfico y de análisis social con fundamentos explicativos suficientes.

I. La “crisis estable”, situación de nuestro tiempo

Para poder dilucidar la naturaleza de un proyecto como es el de construir una Historiografía cuyo objeto sería el tiempo mismo que vivimos, la *coetaneidad*, es preciso partir de una aproximación previa, emprendida desde enfoques diversos, entre los cuales el del plano mismo de lo histórico, a las peculiaridades más persistentes, más estructurales de ese tiempo, el nuestro, en el que nace esa nueva forma de historiografía. Las innovaciones historiográficas surgen, como cualesquiera otras de índole intelectual o social, estrechamente ligadas a las condiciones generales y a las determinaciones sociales de cada tiempo y época. La Historiografía es un producto social por lo que sin análisis social no hay comprensión histórica de cualquier proyecto historiográfico.

La realidad *crítica* de nuestro tiempo entendido en términos amplios, la de la segunda mitad del siglo XX, especialmente desde los años sesenta, es la que ha hecho que nazca esa poderosa corriente que hemos señalado de *historificación* del presente. La demanda de historia del presente se ha hecho evidente en una época, como la de esta parte final del siglo XX, en la que la crisis de nuestras sociedades se ha hecho, por decirlo de forma metafórica pero con sugerencias para el diálogo, una *situación estable*. Lo paradójico es, por tanto, la existencia de una crisis de fundamentos sociales, de intensidad fluctuante pero de manifestaciones constantes, desde el fin de la “edad de oro” que siguió a la última gran posguerra. Los “sesenta y ocho” marcaron la apertura de una situación de inseguridad, de duda y cambio permanentes, de crisis de las democracias y de los socialismos reales, crisis que han tenido después eclosiones poderosas, como las del final de los años ochenta en el socialismo y que nos conducen, sin salir realmente de ese mundo crítico, hacia un nuevo siglo.

Primero, el escenario y el tiempo. Parece claro que las realidades de nuestro tiempo que interesan a una htp hoy se inscriben en el marco amplio de la historia de la segunda mitad del siglo XX. Pero ese escenario puede y debe ser precisado más. El final de la gran guerra de este siglo, la que ha producido la mayor ruptura del

siglo, en 1945, es, indudablemente, el punto de partida de cualquier reflexión de este tipo. A partir de 1945 se articulan hasta el presente que vivimos tres momentos o coyunturas clave. Una es la del final mismo de la guerra hasta alcanzar resoluciones –como la puesta en práctica del Plan Marshall⁴– que van a dar lugar a nuevos desarrollos políticos en Europa y fuera de ella a partir de 1947.

Dos décadas después, 1968 representa un punto culminante de crisis social, política e ideológica que recorre prácticamente el mundo occidental en su totalidad. Ocurría esto después del periodo de crecimiento más intenso que ha conocido el mundo occidental en la edad contemporánea y de cambios decisivos - la descolonización, por ejemplo - en el marco mundial exterior a ese mundo; la crisis social e ideológica de 1968 enlaza pronto, a su vez, con la primera gran quiebra de esa época dorada de prosperidad, la que situamos como crisis económica de 1973. Por fin, la última de esas coyunturas en el umbral ya de nuestro mismo tiempo es la de 1989, la fecha simbólica de la liquidación del mundo del socialismo real con la disolución de la URSS y el comienzo de acelerados procesos en los países dependientes de ella en Europa.

Estos son los jalones básicos que no deben ser vistos en sí mismos más que como eso, jalones y referencias. Se han sucedido varias generaciones cuyas vicisitudes interesan a nuestro presente y 1945, 1968 y 1989 son tres fechas simbólicas - el historiador no puede prescindir de las fechas ni de sus simbolismos - de significado distinto, pero todas ellas productoras de consecuencias decisivas. La última de estas fechas marca claramente como ruptura la situación mundial misma de hoy. Su significado es, desde luego, complejo y también ambiguo. El presente de la generación central activa hoy ve abocado el final de su protagonismo hacia el cambio de siglo. Los años noventa son su último momento de su capacidad decisiva. La historia de nuestro tiempo presente se refiere hoy a este marco cronológico, es decir, el que ha seguido a esos metafóricos también “treinta gloriosos” años que se abrieron con la derrota mundial del fascismo.

Instalados en la “crisis estable”

Nuestra coetaneidad se tiene por esencialmente crítica. Anthony Giddens ha señalado que al mundo de hoy, repleto de riesgos y peligros, “se aplica de modo particular la palabra *crisis* no como una mera irrupción sino como un estado de cosas más o menos continuo”⁵. La crisis es ahora un estado de cosas continuo. Estamos acostumbrados a un entorno coetáneo instalado en la crisis, situación que tal vez podríamos ampliar a una buena parte del siglo XX. La novedad no es en forma alguna la existencia de una crisis real y una conciencia de ella. Lo verdaderamente importante es la forma en que la crisis parece haberse hecho una realidad *estable*.

⁴ Hoy día la mejor referencia bibliográfica es, sin duda básica de E. HOBBSAWM: *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1995.

⁵ A. GIDDENS: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Ediciones Península, 1994, p. 23.

¿Pero qué quiere decir crisis y en qué sentido podemos hablar de crisis de nuestro tiempo? En palabras someras, se trata sobre todo de la pérdida en nuestro mundo de la referencia clara y la organización de todo con respecto al modelo histórico que estableció la posguerra. El modelo de desarrollo social y de hegemonías mundiales. Un modelo roto definitivamente en los años ochenta, pero cuyas debilidades eran ya notorias desde antes. En sentido más lato y, en consecuencia, con implicaciones de mayor calado, la naturaleza de la crisis de fines del siglo XX ha sido repetidamente caracterizada como crisis de la *modernidad*. Nada menos que la crisis de los fundamentos que desde el siglo XVIII han convertido a Occidente en espejo de las civilizaciones.

Los *decenios de crisis* que ha señalado Eric Hobsbawm se suceden especialmente desde 1973 y desde entonces el acontecimiento más importante es la nueva configuración en el sistema de potencias mundial surgida del hundimiento de la URSS. Pero ello no es siquiera el proceso más importante. En el interior de las sociedades, insistirá Hobsbawm, “los extraños llamamientos en pro de una ‘sociedad civil’ y de la ‘comunidad’, sin otros rasgos de identidad, procedían de unas generaciones perdidas y a la deriva”⁶. La sociedad civil y su “retorno” o la dicotomía entre “liberales” y “comunitarios” son, en efecto, motivos recurrentes de la discusión de nuestro tiempo.

Modernidad y posmodernidad, especificaciones de la crisis

Crisis de la modernidad y “posmodernidad” son dos temáticas recurrentes en relación con los diagnósticos de la crisis, tenida también como mutación fundamental en el capitalismo tardío. Quienes hablan de posmodernidad y los que lo hacen de *modernidad tardía* o *modernidad reciente*⁷ se refieren a los mismos sucesos, a los mismos síntomas, pero los entienden de maneras opuestas. En todo caso, la apelación a la modernidad tardía se refiere, especialmente, a los rasgos sociales determinantes de estas sociedades del siglo XX avanzado.

La modernidad, en la caracterización de Giddens, tendría como rasgos sociales básicos lo que el sociólogo llama el desenclave, la diferenciación y la reflexividad general. Ortega y Gasset, a cuyas apreciaciones dedicaremos después nueva atención, afirmaba que el siglo XIX estableció una “cultura moderna” como expresión de un sentimiento de plenitud al conseguir algo que se venía gestando anteriormente, con lo que alude, sin duda, al mensaje ilustrado. *Moderno* es una expresión definitiva, una situación frente a la cual todo lo demás son pretéritos. Lo moderno y la modernidad tienen el especial sentido, dice Ortega, de que se ha alcanzado una “altura de los tiempos” que se cree muy superior a todo lo anterior. “Moderno –dirá Ortega– es lo que está según el *modo*; se entiende el modo nuevo, modificación o moda que en *tal* presente ha surgido frente a los modos viejos, tradicionales, que se

⁶ E. HOBSBAWM: *Historia...*, o.c., 21.

⁷ Es el caso de A. GIDDENS: o.c., 10 y *passim*.

usaron en el pasado. La palabra “moderno” expresa, pues, la conciencia de una nueva vida, superior a la antigua y a la vez el imperativo de estar a la altura de los tiempos. Para el “moderno” no serlo equivale a caer bajo el nivel histórico”⁸. La cita es larga pero merecía la pena.

La modernidad ilustrada quiebra el marco de las pequeñas comunidades y de la tradición sustituyéndolas por organizaciones más amplias e impersonales⁹. En esta dirección el fenómeno significativo de la modernidad tardía, del cambio finisecular, es el regreso a la visión de la pequeña comunidad, de la identidad local. El problema de la *identidad*, en efecto, sobre el que volveremos, está aquí en el meollo del asunto. Una Historiografía que ignore los escozores presentes a que la identidad lleva a individuos y colectividades no tiene capacidad alguna de explicar las realidades más inmediatas. La modernidad hace cada vez menos uso de la tradición, la emplea menos como marco y el individuo común casi la desconoce, si no es en lo folklórico. La Historia ha dejado prácticamente de tener algo que ver con la Tradición.

¿Una nueva rebelión de las masas?

Puede que resulte sorprendente y extemporáneo volver ahora sobre el viejo tema de la rebelión de las masas. En los años veinte, en plena efervescencia de la disolución de viejas sociedades vivida en el siglo XX, Ortega y Gasset, entre otros, fijó y discutió el problema histórico de la sociedad de masas. ¿Qué sentido tiene a fin del siglo volver a hablar de una *nueva rebelión* de las masas? Obviamente, tal sentido no se encuentra en la repetición histórica de fenómenos sociales globales. La significación de esa analogía estriba, más bien, en la evolución misma de la “sociedad de masas” que Ortega no pudo prever y que ha dado lugar a nuevos fenómenos en sociedades que llamaríamos ahora de consumo masivo y que afectan muy directamente a la “cultura de las masas”, setenta años después de que estos fenómenos se hicieran patentes.

Son los fenómenos de masas los que apuntan incontestablemente hacia concepciones nuevas del destino de las gentes y de sus comportamientos históricos. Siguen siendo perfectamente válidas las ideas acerca de la existencia de una cultura, un comportamiento, una diferenciación social, un consumo y una movilidad, de masas. La variación fundamental aparece visible en el reconocimiento que esa visión social de masas hace de su propia entidad en el complejo social, de su destino y de su peso colectivo. Pero el fenómeno de esa nueva rebelión tiene una dirección bien distinta de la de la época de entreguerras y un contenido nuevo.

Ortega caracterizaba el fenómeno de forma contundente como “el advenimiento de las masas al pleno poderío”¹⁰. Señalaba que rebeliones de masas como la con-

⁸ J. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa Calpe, (Selecciones Austral, 7), 1980, p. 82

⁹ GIDDENS, o.c., 50.

¹⁰ Empleamos siempre la edición de Ortega citada más arriba. En este caso, p. 65.

temporánea sólo podrían encontrarse en el Imperio Romano que vivió también una historia “de la subversión, del imperio de las masas”. Pero el tema orteguiano no nos interesa ahora en lo que es uno de sus aspectos esenciales: el de la división, y la oposición entre “minorías excelentes” y masas. El problema es más bien el de la universal extensión del comportamiento de masas y el cambio de significado en el papel de las minorías.

Las masas de hoy emprenden y se sumergen en una rebelión distinta. A lo que asiste este fin de siglo es a una rebelión contra el anonimato, rebelión contra la desidentificación, contra la indiferenciación; a una rebelión en el terreno de la *cultura* mientras las características nuevas del sistema social siguen su curso. Y, sin embargo, ello no es contradictorio con la sensación de que hasta hace poco capas muy amplias de la sociedad se sintieran aliviadas, a gusto, con la situación de indiferenciación, inmersas sin protesta en el espeso magma de una limitada, paupérrima y homogénea cultura de masas. Esta rebelión no es creativa, no es frente a la pobreza de los símbolos, los instrumentos y hasta las instituciones culturales mismas, sino contra la carencia de protagonismo. En alguna manera puede hablarse de una rebelión dentro del espectáculo, de una rebelión de los “papeles secundarios”. Las gentes se esfuerzan, en comportamientos dramáticos a veces, por “aparecer en el escenario”. Es la rebelión del espectador contra los actores, porque quiere participar en la representación.

Pero estamos ante una rebelión contra el uniformismo que al mismo tiempo manifiesta afanes universalizadores. Como ha señalado también Giddens, se halla presente en estos comportamientos sociales de la modernidad tardía un peculiar complejo de tendencias localistas que no dejan de estar comunicadas con la realidad de la globalización. Entre los años veinte y los noventa de nuestro siglo se han sucedido cambios profundos en la mentalidad de masas, la mayor parte de ellos ligados a las posibilidades de consumo. Las masas se han convertido en el fenómeno social central y la ruptura del viejo equilibrio que forjó la posguerra aparece como inevitable.

En una perspectiva más simplificadora, de mayor potencia generalizadora que todo lo dicho hasta ahora, parece conveniente hablar de una *rebelión por la biografía*. No es en modo alguno extraño que haya hoy fuertes corrientes en el seno de la Historiografía que insisten en reducir de nuevo la Historia a la biografía y que pretendiendo hacer tal producto algo más digerible, hayan potenciado la “biografía colectiva”, la prosopografía, que semeja en algo la pintura de esa “masa identificada”. Lejos de aceptar hoy el viejo adocenamiento, que en el terreno de los contenidos culturales ni siquiera se plantea, lo que se pretende es salir del anonimato en relación con el espectáculo. *Aparecer, figurar, protagonizar, acaparar*, “chupar cámara” y “estar en la foto” son otras tantas expresiones del lenguaje vivo que expresan estas tendencias.

Sujetos e identidades

La sociedad de hoy, ha dicho Alain Touraine, “está fragmentada entre las estrategias de cambio y la obsesión de la identidad, entre el consumo de masas y las jerar-

quías sociales, entre los sistemas políticos frecuentemente abiertos y una concentración de centros de decisión a nivel nacional e internacional”¹¹. El diagnóstico sociológico acerca de las dicotomías entre parámetros y corrientes sociales es casi unánime. Touraine, en unas posiciones muy cercanas a las de Giddens, dirá que el mundo contemporáneo aparece dividido en dos series de hechos cuyas relaciones son cada vez más indirectas: el orden de los *sistemas* y el orden de las *subjetividades* de los actores, mientras que las nociones de institucionalización y de socialización han quedado vacías de gran parte de su contenido y la de clase ha desaparecido casi de la sociología. Pero no puede pensarse que la ruptura de la sociedad actual sea total y que estemos en una sociedad verdaderamente post-moderna, es decir, en la que sistemas y actores estén absolutamente disociados, como si el navío social estuviera completamente gobernado por los “sistemas expertos”.

Lo verdaderamente notable es que a medida que aumenta la significación de los sistemas en la producción y reproducción social se refuerzan las tendencias hacia la defensa de la identidad del yo. Lo paradójico de la sociedad de masas a fines del siglo es el fenómeno que se opera en ella de huida de la uniformidad, de salida del anonimato. Ahora el sujeto “siente” que tiene historia por lo mismo que anhela una biografía. Y los vehículos en que se materializan esas expectativas, la manera de hacer pública esa trayectoria, es lo que lleva al fenómeno de la “sociedad-espectáculo”. Todas ellas son manifestaciones del problema de la identidad...

La htp sería como una “crónica del yo”, de la que habla también Giddens, en cuanto que es “relato o relatos por los que el individuo en cuestión como los demás entienden reflejamente la identidad del yo”. La identidad del individuo debe ser entendida como cuestión refleja, cuestión en discusión y construcción constante. La identidad se ha de entender sobre todo como “la capacidad para *llevar adelante una crónica particular*”. Aunque no lo consiga, el hombre de hoy está siempre en afanosa búsqueda de esa crónica particular, lo que puede expresarse también de otra manera: el hombre ha perdido su referencia teológica, cósmica, que tenía antes cuando se sentía una criatura entre otras muchas sujeta a la providencia. Hoy es absolutamente prioritario el *yo* compulsivo y expansivo. Por ello la *vuelta del sujeto* en las ciencias sociales equivale a la reivindicación del individuo y a la ruptura de lazos solidarios de cualquier otra índole y heredados del pasado.

La vuelta del sujeto a las ciencias sociales tras el vendaval “estructuralista” está estrechamente relacionada con la potente vuelta del yo a lo social. Hoy somos antes que nada un yo singular con su castillo. La admiración social se vuelca en aquellos individuos que son capaces de sobreponerse al nivel común de los infinitos *yo* anónimos. Por ello ha regresado el sujeto. Hoy ya no nos sentimos solidarios de la humanidad, ni de ningún “corpus”, aunque sea místico.

1989, el final de la Historia

Puestos a hacer juegos de palabras, podría decirse que con “el final de la Historia” comienza realmente nuestro presente. En 1989 el artículo de Francis

¹¹ En *Écrire...*, o.c., 342.

Fukuyama acerca del “fin de la historia”, seguido luego del libro *El final de la Historia y el último hombre*, produjeron un revuelo en ciertos medios intelectuales¹². La amplia andanada de réplicas y exégesis que merecieron las, más bien pintorescas, posiciones de Fukuyama han mantenido su presencia y eco hasta ahora¹³. La cuestión que se acoge bajo ese rótulo del fin de la historia es, desde luego, un eslabón más en la oleada de “interpretaciones” de nuestro tiempo que se suscitaron tras la caída del muro del Berlín y la disolución de la URSS, asunto cuya importancia no es preciso ponderar.

Si en las posiciones de Fukuyama subyacía siempre un ataque al pensamiento “materialista”, al comunismo marxista y las realizaciones históricas que había suscitado, que podemos obviar aquí, lo que nos interesa es la cualidad de este texto, más ruidoso que otros, de diagnóstico de la situación creada por la disolución de la otra gran potencia que había mantenido la bipolaridad mundial desde el final de la IIª Guerra Mundial, es decir, la URSS y las perspectivas futuras del mundo liberal¹⁴.

Fukuyama cree que lo ocurrido en 1989 es algo más que el final de la guerra fría y que puede interpretarse como “final de la historia en sí”, con un triunfo de la democracia liberal occidental, dicho esto con base en la teoría de Hegel del final de la Historia, que Marx rehizo presentando la historia como un proceso dialéctico que terminaría, dice Fukuyama interpretando a Marx, “con la realización de la utopía comunista”. Pero el hecho es que el hundimiento del mundo socialista muestra la falacia de esa utopía. El fin de la historia representaría en una visión concreta el final de “la civilización que se creó en Europa a partir de 1945”.

Fukuyama se pregunta si la sociedad liberal no tiene contradicciones esenciales en su seno que deban resolverse “mediante una estructura político-económica alternativa”, porque en el caso de que no las tenga y el liberalismo sea un sistema universal sí podría hablarse realmente de un final de la Historia, final de las contradicciones y de la dialéctica de la Historia. De hecho, dirá Fukuyama, la contradicción fundamental que veía Marx, la de las clases, ha desaparecido¹⁵ en el libe-

¹² El artículo apareció originalmente en la revista *The National Interest* en 1989. Una versión española puede verse en *Claves*, (Madrid), n.º 1, abril 1990, “¿El fin de la Historia?”, pp. 85-96. El libro *El final de la Historia y el último hombre* apareció en versión castellana en Barcelona, Planeta, 1992.

¹³ Cfr. C. BERTRAM, A. CHITTY (eds.): *Has History ended? Fukuyama, Marx, Modernity*. Aldershot, Avebury, 1996.

¹⁴ Llama la atención que un historiador como E. Hobsbawm en su tratamiento del siglo XX no aluda ni a Fukuyama ni a su tesis del fin de la historia. Ello es una prueba bien clara de que el escrito del funcionario norteamericano no es tenido por algunos sino como mera propaganda. Son muy ilustrativas, y totalmente aceptables, las palabras que dedica al caso Josep Fontana en las primeras páginas de su *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 1992, pp. 7-9. Sin embargo, el artículo de Fukuyama ha tenido eco en medios historiográficos y sirve sobre todo, como decimos, de barómetro en el que apoyar un cierto diagnóstico.

¹⁵ Parece como si esa misma impresión dominara hoy a la Sociología en la que, según A. Touraine, la idea de clase ha desaparecido prácticamente. Cfr. *Écrire...*, o.c., 341 ss.

ralismo de Occidente, mientras que en el mundo no occidental se han producido igualmente “grandes transformaciones ideológicas”¹⁶.

Estima Fukuyama que en el mundo liberal, una vez que tanto la URSS como China caminan hacia la desaparición en sus sociedades respectivas de los vestigios de la ideología y las realizaciones comunistas –“ los últimos acontecimientos en la Unión Soviética... han acabado enterrando la alternativa que el marxismo-leninismo ofrecía a la democracia liberal”–, de Lenin y de Mao, sólo existen dos amenazas de contradicción, las que producen la reviviscencia de las corrientes *religiosas* y las *nacionalistas*. Para Fukuyama ninguna de ellas es una amenaza permanente y sólida. El futuro era “un mundo sin ideología” pero no sin conflictos internacionales, aunque nunca se volvería a los antiguos sistemas de potencias mundiales. Será a la organización económica la única a la que se preste atención en el futuro.

La caída del comunismo en Europa produjo, primero, el desconcierto propio ante un fenómeno en modo alguno esperado o no esperado en términos tan súbitos. Esta rapidez y el aprovechamiento inmediato que del asunto hizo la propaganda anti-comunista puso en circulación la idea de una *revolución*. Fukuyama justamente es el primero que llama revolución a lo ocurrido en la URSS, puesto que según él, desde la llegada de Gorbachov al poder se produjo “un asalto revolucionario a las instituciones y principios más fundamentales del stalinismo”¹⁷. Lo grotesco que resulta calificar la caída de revolución es palpable si se compara con aquellos movimientos históricos a los que desde siempre se ha dado tal calificativo, desde fines del siglo XVIII al castrismo cubano.

Tras la caída de los regímenes socialistas se ha producido más bien una fase de transición de incierta salida¹⁸ y la idea de que la instalación de esos países en el capitalismo era asunto claramente viable está siendo desmentida por los hechos de forma inapelable.

Las conclusiones, provisionales siempre, que es posible extraer de un somero análisis de los elementos más visibles que configuran estas sociedades de finales del siglo XX, que influyen de forma especial en la *crisis* de nuestro tiempo, serán siempre complejas pero nos orientan en lo que aquí nos interesa sustancialmente delucidar: el carácter nítido de la “historificación” de las realidades y las trayectorias sociales, la autoconcepción de los sujetos como históricos, la reestructuración de las masas sociales como conjuntos de “sujetos con historia”, saliendo cada vez más de su materialización como un conjunto de consumidores anónimos, mientras los simbolismos culturales han sido desprovistos de casi toda su fuerza creadora hasta el punto de que es difícil hablar de culturas de élites.

¹⁶ Véanse las argumentaciones de Fukuyama a este respecto en las pp. 89-90 del texto citado.

¹⁷ En el artículo antes citado, p. 92.

¹⁸ No es extraño que el modelo español haya llamado la atención, al menos en sus contenidos políticos.

Fue verdaderamente la IIª Guerra Mundial la que, a escala planetaria, introdujo la primera ruptura en la cadena que unía sólidamente el nacimiento del mundo moderno industrial-capitalista a la estructura de los estados burocrático-nacionales, a la racionalización y al liberalismo y, en fin, acabó con el proceso que había comenzado con la caída de las sociedades preliberales. No es extraño que esa cesura haya sido muy señalada y que de verdad partan de ella los procesos esenciales que nos llevan a hoy. La modernidad del segundo siglo XX ha reproducido algunas de las características del mundo anterior, pero con tal fuerza que se ha dado lugar al gran salto cualitativo. Así, la fuerte industrialización mundial a lo largo de los treinta gloriosos nos ha llevado al umbral del posindustrialismo. La renovada fuerza de los estados nacionales, por ejemplo, nos lleva al borde del supraestatalismo.

Pero la ruptura del viejo mundo no se ha visto aún seguida por el alumbramiento de otro inequívocamente reconocible como nuevo. Todo va sucediendo como si todavía cada día cayera uno de los mitos de la gran cultura contemporánea, creara un nuevo problema y esperáramos nuevas soluciones. Las nuevas formas de control de la naturaleza, la genotecnología - más que biotecnología - la informatización, nos van señalando el camino al mundo nuevo que no acaba de instaurarse del todo.

II. Los presupuestos de la historificación del presente

Tradicionalmente la historiografía no ha abordado nunca el estudio de las realidades sociales del pasado inmediato y menos aún el de aquellas que consideramos *en curso*. Pero los fundamentos teóricos que aquí se intentan exponer tienden a demostrar que el estudio del presente *modo histórico* no encierra en manera alguna una contradicción y que la condición de nuestras sociedades más disgregadas y con nuevas representaciones de lo individual es un producto de una cierta historia y un resultado de una nueva conciencia de la "historificación". Ciertamente es que los proyectos actuales de ampliar en este sentido el campo de lo historiográfico no han cristalizado aún en proposiciones conceptuales verdaderamente interesantes. La Historia del Tiempo Presente es aún en bastante medida una promesa y un horizonte. Pero no está cerrado el progreso en ese sentido.

Como dijo también Marc Bloch, la explicación del pasado y del presente como momentos históricos ha de ser recíproca y diríamos ahora que hasta dialéctica. La historiografía formalizada desde finales del siglo XIX no ha tenido esto normalmente como presupuesto inexcusable de la investigación de la Historia, y así la explicación recíproca de pasado y el presente ha quedado enmarañada en una red de falsos o mal planteados problemas, como el de la objetividad o el riesgo del anacronismo. Sin embargo, esa explicación recíproca es la que *realmente* practica el historiador, conscientemente o no.

Para establecer un concepto plausible de la Historia del Tiempo Presente es preciso reconsiderar el sentido en que nuestras sociedades actuales han hecho una progresiva *historificación del presente*. Es preciso reconsiderar también la idea de

contemporaneidad y, más aún, es preciso detenerse lo suficiente en las ideas de *presente* y de *coetaneidad*. No hay una definición cronológica de la *htp*, sino una definición tipológica, categorial. Para ello es preciso analizar ideas corrientes como la de “nuestro tiempo”, bucear adecuadamente en las concepciones sociales del tiempo y en la percepción de los fenómenos en desenvolvimiento. La *htp* representa una testimonialización del presente a condición siempre de encontrar su clara secuencia como proceso desde el cual pueda la investigación encontrar un punto de partida inteligible¹⁹. La *htp*, como cualquier otra historia, pretende la explicación genético-estructural de realidades sociales, pero en este caso de aquellas que están *vigentes*, lo que constituye el fundamento de la idea de presente.

Historia Presente y Presente histórico

La coetaneidad, que descansa siempre sobre la idea asumida de que hay un estadio diferenciado del tiempo que es el *presente*, obliga justamente a considerar el contenido mismo de ese estadio problemático del tiempo. En su referencia social la idea de presente lleva adherida y aparejada la de coetaneidad, idea que en un momento se vio identificada como “contemporaneidad”. Reflexionar sobre la historia del presente tiene escaso sentido fuera de la reflexión sobre el sentido del presente. La entidad del presente es, pues, una pregunta de la máxima pertinencia, y urgente, es el primer problema de una Historia del Tiempo Presente. Una dilucidación con un cierto nivel de generalidad de esta cuestión es, o debería ser, en el plano teórico, de la misma importancia que aquello que ya se presenta en forma de pregunta en la práctica concreta del historiador: ¿qué es lo que delimita el presente?

El presente contiene una forma especial de historicidad, que no es la del pasado, pero que es imprescindible que tenga realidad para que algo “pase” al pasado. Esto se fundamenta en aquella sagaz observación que tiene su origen en MacTaggart según la cual la existencia del algo es primero un futuro, pasa después a ser presente y se pierde, por último, en el pasado²⁰. Pero también debe señalarse que la forma especial de historicidad del presente se relaciona con la forma en que nuestra intuición y conocimiento capta el sentido del tiempo. Toda acción humana está “tensionada” hacia el futuro, pero “posibilitada” y condicionada por el pasado. La historicidad del presente es siempre un momento fugaz, una transición.

La historicidad del presente es activa, mientras que la del pasado es un ingrediente ya inalterable, inamovible, de la realidad social, sea cual sea la posibilidad y el modo de su conocimiento —porque el pasado *histórico* es siempre una reconstruc-

¹⁹ Cfr. J. CUESTA BUSTILLO: *La Historia del Tiempo Presente: estado de la cuestión*. En *Studia Historica* (Salamanca), I, n° 4, 1983, pp. 227 y ss. En esa nota se recogen noticias sobre el IHTP francés y unas citas de Pierre Nora en las que efectivamente se alude a que la “Historia del Tiempo Presente” no se define por una cronología, ni por un método ‘sino por un punto de vista’. Asunto sugerente pero con el que no coincido exactamente.

²⁰ J.M.E. MCTAGGART: *The Nature of Existence*. Cambridge University Press, 1927.

ción— La historicidad, en cuanto peso del pasado y no ya sólo en cuanto conciencia de la temporalidad, es un presupuesto de la acción humana, quizás un condicionante, pero no puede ser activa. Ahora bien, a fin de decirlo todo con brevedad, en la Historia está *todo* el tiempo social desde el que podemos mirar al futuro antes de que éste se haga presente, pero ello no quiere decir que pasado y presente sean confundibles como momentos de la percepción y la actuación humanas. En la Historia-ontología o en la Historia-conciencia *no hay* una verdadera distinción entre pasado y presente porque el “ahora mismo” es ya también Historia. La Historia-discurso, a su vez, es en sí misma la que más carácter “histórico” posee, o por decirlo en términos más precisos: la Historia-discurso, la que la hacen los historiadores, es la que realmente está ligada y depende del desenvolvimiento del proceso histórico-social en su totalidad²¹. Cada Historia tiene su Historiografía y el discurso histórico de la Historiografía occidental en los dos últimos siglos se ha tenido siempre como un discurso *sobre el pasado*.

La historia del presente es la que *vivimos* cada uno de nosotros y de esa vivencia han de derivarse inevitablemente consecuencias para lo que *escribimos* de ella²². “El presente ha tomado un color histórico; antes de toda elaboración crítica, antes de toda matización, es vivido (el presente) directamente como historia”, en el criterio de Pierre Nora²³. Cabría deducir de ello que la htp se entiende y justifica como un análisis específico de la realidad histórica pero no como algo distinto de la Historia. Por ello la cuestión central es establecer *cuál es nuestro presente*, para poder historiarlo. Cada época tiene su presente, pasado y futuro; cada época tiene no sólo un presente sino una historia de su presente, una presentación de su presente en forma de dinámica del de-venir y del por-venir, una comprensión de su ser *sub specie historiae*.

Lo coetáneo, nueva contemporaneidad

La estrecha relación entre *presente* y *coetaneidad* debe ser más enfatizada aún, porque es la nueva *conciencia de coetaneidad* lo que caracteriza el mundo histórico que vivimos, como hemos dicho ya. Una aguda conciencia de la especificidad inapelable de cada tiempo vivido parece impregnar enteramente el sentir de las gentes comunes de nuestra época. Una mayor conciencia de la singularidad de la experiencia propia, una valoración, muy compulsiva a veces, del valor de la trayectoria circunscrita al individuo, de la identidad del yo, son los rasgos más llamativos de esa conciencia. La conciencia de la coetaneidad no siempre ni fundamentalmente lleva

²¹ Véanse las apreciaciones y observaciones que presento sobre esa triple entidad de la Historia, ontología, conciencia y discurso en *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 180-182, que ayudarán a entender mejor lo que quiero decir aquí.

²² Esto más o menos es realmente lo único que puede ser aprovechado de los alardes narcisistas que se desprenden de una manifestación como la *ego-historia* en la que nos ha introducido el rizado rizo francés trenzado por P. NORA (ed.): *Essais d'ego-histoire*. París, Gallimard, 1987.

²³ En *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. Vol. II: Méthodologie de l'Histoire et des Sciences Humaines*. Toulouse, Privat, 1973, en el texto “Pour une histoire contemporaine”, p. 423.

hoy a solidaridades sociales más firmes o nuevas en cuanto a ligazón entre los hombres, sino, bien al contrario, a la incitación de las diferenciaciones. Pero también a una sutil y especial forma de solidaridad: la que podríamos llamar solidaridad histórica con los coetáneos.

El conjunto de rasgos de la vida del individuo de hoy, rasgos que tienen en parte una versión colectiva pero que en otra tienden más a la biografía personal, es lo que hemos llamado una especial conciencia de solidaridad histórica. Y ello parece ser una contraposición y hasta un contrapeso a otra dimensión que tampoco parece irrelevante, aquella que nos muestra que en las sociedades masificadas de Occidente el individuo está, sin embargo, más descarnadamente solo frente a las condiciones de su experiencia propia que en cualesquiera otras, incluido en ello el antiguo comunismo o el gregarismo a que la sociedad de masas dio lugar en sus orígenes.

Lo dicho no hace ocioso sino más bien más acuciente un interrogante previo: ¿qué es exactamente lo *coetáneo*? El adjetivo nos habla de la estricta simultaneidad temporal en el desenvolvimiento o en la presencia de dos o más realidades distintas²⁴, pero que tienen entre ellas alguna forma de relación o contacto. Las cosas y los procesos tienen una *aetas*, y entre diversas cosas y diversos procesos puede haber *co-aetas*, una misma edad. La idea de lo *coetáneo* expresa la de simultaneidad de procesos sociales en el tiempo, pero la mera simultaneidad no es coetaneidad. El presente histórico se convierte en una especificación muy laxa cuando lo hacemos coincidir con nuestra coetaneidad. Una Historia escrita del tiempo presente tiene que entender presente en ese sentido laxo, en el de coetaneidad.

Estamos ante un tipo de determinación que tiene un grado de dificultad analítica parecido al que presentan justamente las cuestiones implicadas en la relación de los tres estadios del tiempo, pasado, presente y futuro. Coetaneidad es, en una consideración más antropomórfica, una conceptualización absolutamente ligada a ciertos sujetos, que son los que la experimentan en un complejo de referencias exteriores e interiores y de relatividades y conexiones de todo orden.

La coetaneidad es esencialmente una conexión temporal entre cosas que está más allá de lo meramente cronológico. La coetaneidad no es cronología, es una relación que aparece en cualquiera o en todas las cronologías o tiempos cronológicos de la Historia. Lo coetáneo es una especificación más precisa de lo contemporáneo, es una restricción del sentido de ese vocablo para aplicarlo a una realidad más delimitada. Coetáneo es aquello de lo que podemos tener una experiencia directa para cada uno de nosotros, algo no transmitido sino vivido. La coetaneidad es por su naturaleza siempre una realidad relativa, una forma de definición temporal absolutamente subjetiva.

Nuestra coetaneidad propia, la de nuestro mundo de hoy, está señalada especialmente por la conciencia aguda del significado vital que tienen para individuos

²⁴ Sería impertinente introducirnos aquí en las cuestiones de fondo que la simultaneidad temporal y su imposibilidad plantea en el mundo de la Física. En la ciencia social la simultaneidad de determinados procesos tiene un sentido claro y suficiente para nuestro propósito.

y colectivos las realidades precisas y no intercambiables de cada tiempo vivido en común. La conciencia de que cada momento histórico es captable por las relaciones entre coetáneos tiene derivaciones culturales explícitas en la expansión del relativismo y el rechazo del teoricismo, en la historificación de todas las categorías, en la valoración del multiculturalismo, en la imposición de “lo políticamente correcto”. Todo ello, una vez más, parece ser una cualidad también omnipresente de esa crisis de la cultura liberal clásica que se ha difundido y delimitado bajo la forma de *posmodernismo*, que tiene precisamente su sentido más agudo como final de una época.

La coetaneidad como percepción cultural es también en buena medida una conciencia más arraigada de lo efímero. En la vida actual los instantes pasan a una inmensa velocidad, el “acontecimiento” se hace viejo casi de inmediato, las conmociones son rápidamente superadas a veces por otras que lo son más. Y parece, como derivación de todo ello, como si hubiera nacido un impulso fuerte, una oculta necesidad de que esas cosas que pasan fugazmente tengan alguna forma de registro y de memoria permanente. La sociedad de hoy parece querer por ello de forma más explícita una continua *versión del presente* en su forma de *representación histórica*, quiere historia del presente tanto como del pasado y por ello hoy los asuntos recientemente ocurridos pasan ya a libros que los explican... después de haber atravesado los medios de comunicación de masas.

La coetaneidad, su delimitación y la posibilidad de lo coetáneo como historia son cuestiones centrales que atañen, de una parte, a los interrogantes que los hombres de nuestro tiempo se plantean y afanan en responder y, de otra, a la posibilidad de entender nuestro entorno vital con los instrumentos de las ciencias sociales; la Historia, y la empresa historiográfica, por consiguiente, son también entidades que algo tienen que representar en la imagen de lo coetáneo y en la explicación del tiempo que vivimos.

III. La concepción de una *Historia Coetánea*

La propensión de la actividad historiográfica a interesarse cada vez más en el análisis de lo “muy contemporáneo” - en expresión francesa - se ha visto incrementada de forma espectacular después de la IIª Guerra Mundial, tras la superación de tenaces prejuicios que impuso la historiografía de tradición positivista. Sin embargo, esa propensión real que ha hecho que se aborden de forma historiográfica específica multitud de asuntos que poco antes en forma alguna podrían haber sido considerados “Historia” no ha procurado un desarrollo paralelo de la reflexión teórica sobre esa Historia de lo Muy Contemporáneo que, sin ninguna duda, como ya hemos sugerido ampliamente antes, presenta problemas de conocimiento, epistémicos y metodológicos, de gran profundidad.

Algo se ha escrito sobre los problemas conceptuales de una Historia del Tiempo Presente pero en modo alguno el estado de los convencimientos actuales es satisfactorio ni suficiente. No existe, para decirlo de forma inequívoca, una aproximación

real a una teoría historiográfica de la htp. Estamos en realidad en los primeros intentos de no más de un decenio acá de teorizar mínimamente lo que representa una htp con respecto a la historiografía tradicional, la diferencia con la cual aparece a todos como innegable. Cómo se delimita, cómo se entiende, cómo se hace y que función tiene esa tal htp son los problemas centrales que generalmente no abordamos sino de forma periférica y analógica. En el mundo historiográfico francés, en el que realmente ha surgido la más clara tendencia hacia la historia de lo muy contemporáneo, se reconocía hace poco, en efecto, que en este terreno “Il n’y a pas d’outil de référence, tout reste à faire”²⁵.

Si todo tipo de conocimiento histórico necesita de un discernimiento epistemológico suficiente, la htp lo necesita seguramente de una manera especial y específica. En principio, porque tradicionalmente el Presente se ha tenido como contrapuesto al Pasado y, de ahí, a la Historia. El conocimiento histórico del presente ha sido tenido como contraposición *in terminis* y por ello no ha sido objeto de especulación. Pero el análisis histórico del tiempo presente nos parece hoy no sólo una empresa plausible sino necesaria. Lo que estamos es muy lejos de haber tratado suficientemente la naturaleza epistémica de ese proyecto.

El trabajo teórico existente sobre la posibilidad, dificultades y realizaciones de una Historia del Presente es mínimo y es incapaz hoy por hoy de sustentar alguna posición suficientemente sólida para permitir un progreso sostenido de esta nueva forma de entender la historia de la coetaneidad. La especulación de los historiadores es enormemente renuente a entrar en el fondo de lo que significa conocer históricamente el presente. Frente a la pregunta “¿puede ser el tiempo presente objeto de historia?”, como ha señalado con mucha sagacidad y sin ambages Jean Pierre Rioux, “faltos de haber recibido como sus colegas anglosajones, alemanes o italianos, una formación filosófica suficiente, los historiadores franceses han contorneado tranquilamente la provocación y le dan con demasiada frecuencia una respuesta de orden más metodológico que epistemológico o metafísico”²⁶.

Historia del Tiempo Presente: el término

La “histoire du temps présent” ha sido en su origen una proposición y una realización francesa producto de unas circunstancias históricas y de una tradición en los estudios históricos que explican bien esta primacía de lo francés en la empresa. Como se ha reconocido, la expresión “historia del tiempo presente” tiene un origen coyuntural, obligado por simples necesidades de diferenciación del trabajo y las rotulaciones administrativas sobre el precedente de los estudios acerca de la IIª Guerra Mundial, pero se ha convertido en la denominación “canónica”.

²⁵ A. CHAUVEAU, Ph. TÉTART (eds.): *Questions à l’Histoire des temps présents*. Bruxelles, Éditions Complexe, 1992, p. 23.

²⁶ J.P. RIOUX: *Peut-on faire une histoire du temps présent?* En A. CHAUVEAU, Ph. TÉTART: *Questions*, o.c., 44.

La cuestión del nombre de esta dedicación historiográfica puede parecer ociosa y hasta ambigua. Puede interpretarse, en efecto, que se trata de una cuestión menor, de mera sinonimia y que no merece la pena prestarle mayor atención. Así, Historia Presente, del Tiempo Presente, Inmediata, Reciente, Actual, Coetánea, podrían tenerse por términos equivalentes cuyos recovecos semánticos no afectarían esencialmente al asunto. Pero existe también la posibilidad de tomarlo de manera más cuidadosa y entender que los términos aplicados no son en manera alguna sinónimos. No tienen una misma y exacta significación inmediato, reciente o presente o, en definitiva, coetáneo. La cuestión terminológica no tendría tampoco, en definitiva, importancia si no fuese porque ella está estrechamente en función de lo que de forma más decisiva se entiende que significa la tarea de una Historia de lo fluyente, es decir, de los procesos sociales que están en transcurso y también una historia de la coetaneidad del propio historiador, que son las dos cuestiones que de manera definitiva creemos que se incardinan en esta forma de historia.

En la misma Francia, y fuera de ella, la historia del tiempo presente ha recibido también otras denominaciones. La de *htp* procede del nombre dado a un centro de investigación al que después nos referiremos. En España, en concreto, y como expresión dedicada sobre todo a la rotulación de asignaturas en planes de estudio universitarios se ha difundido el nombre de “Historia del Mundo Actual”. Personalmente yo mismo propuse hace algún tiempo el nombre de *Historia Reciente*, recogido gencrosamente por algunos otros colegas y que, justo es señalarlo, en la actualidad me parece enteramente inadecuado. Circulan expresiones como Historia Inmediata, *current History* y algunas otras de esa especie. Por contribuir a mantener abierta una cuestión en la que el término puede tener una no despreciable influencia sobre el concepto, me gustaría señalar que una expresión más adecuada que todas esas anteriores sería la de *Historia Coetánea*, por cuanto la idea de *coetaneidad*, como hemos señalado, resulta precisamente básica en esta conceptualización y también por cuanto tal palabra incluye con claridad su distinción de lo convencionalmente llamado *contemporáneo*.

La supuesta sinonimia entre contemporáneo, inmediato, reciente, presente, actual o coetáneo, se muestra claramente problemática. El término “Historia inmediata” procede concretamente del nombre de una colección de libros de historia francesa posterior a la guerra mundial fundada por Jean Lacouture, autor que luego ha escrito precisamente sobre esa misma formulación²⁷ y ha sido recogida luego por Jean-François Soulet. La expresión “tiempo presente” resulta tal vez demasiado alambicada, algo cursi y retórica, y no está exenta en su origen de implicaciones ideológicas como ha señalado sagazmente Michel Trebitsch²⁸. Aceptar esta rotulación sin más, aun reconociendo que es lo más fácil de hacer hoy, significa dar la impresión de aceptar las implicaciones exclusivamente francesas que, sin duda, contiene.

²⁷ Cfr. “La Historia inmediata”, texto de Jean Lacouture en J. LE GOFF, R. CHARTIER, J.F. REVEL: *La Nueva Historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 331-354.

²⁸ *Ecrire...*, o.c., 63 ss.

Por el contrario, la idea de una Historia “Reciente” con la remisión de su significado al pasado inmediato no recoge bien el proyecto de historificar la vida fluente que es el que se contiene en una historia de la coetaneidad. Existe el problema adicional de que el término coetáneo no tiene traducción exacta en idiomas como el francés o el inglés, donde se traduce como “contemporáneo” y eso crearía nuevas confusiones. La ventaja de htp es que tiene una transcripción lingüística más fácil.

Tampoco sería inapropiado el nombre de *Historia Actual*, que parece que es el que más fácilmente puede ser consagrado en España. El término *actual* no está tampoco desprovisto de connotaciones que pueden resultar no razonables ni deseables - lo actual sería lo de moda, en cierto sentido lo efímero - pero que podría ser rectamente entendido en el sentido de la *historia en acto*, la historia que se está haciendo cotidianamente.

El término consagrado en Francia como htp parece, por ahora, contar con las mayores posibilidades de ser adoptado en España. Actualmente, este término, en cualquier caso, resulta menos equívoco que el de *Historia Actual* al que la eterna tendencia a la trivialización y la comodidad está haciendo convertirse no en la rotulación precisa de una historia de nuestro tiempo sino en la parte de la tradicional Historia Contemporánea de nuestras Universidades que comprende desde el final de la IIª Guerra Mundial. Una mala solución a todas luces²⁹. En castellano, al menos, la rotulación *Historia coetánea* sería la que más fielmente reflejase el contenido exacto de lo que entendemos como “nuestro tiempo”, según iremos desarrollando más adelante. Sería la adecuación a las nuevas ideas de la vieja *Historia Contemporánea*. Pero imponer una terminología no es nunca cosa fácil.

El origen y los precedentes de la htp

La crisis de la sociedad francesa que precedió a la derrota fulminante frente al ataque alemán en 1940, las condiciones de la ocupación y la existencia de un régimen político como el de Vichy han condicionado la vida francesa durante bastante tiempo. Y la historiografía no podía ser ajena a esa crisis. La Historia del Tiempo Presente como proyecto institucionalizado en el ámbito científico y universitario, como “disciplina” o cuasi-disciplina dentro del campo amplio de la Historiografía tardó, sin embargo, cierto tiempo en aparecer. Fue en 1978 cuando se creó en París el centro llamado *Institut d'Histoire du Temps Présent*, enmarcado en el CNRS francés³⁰. El número primero del *Bulletin* que el Instituto empezó a publicar apareció en

²⁹ No sólo la generalidad de los programas de la asignatura “Historia del Mundo Actual” en las licenciaturas universitarias contienen ese periodo 1945 a la actualidad sin más especificaciones, sino que algunas obras de divulgación como la *Historia del Mundo Actual*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 2 vol., de F. García de Cortázar y J.Mª. Lorenzo Espinosa, que pretende ser una historia del periodo 1945-1995, se presenta como “Historia actual o historia del presente”, p. 7.

³⁰ En los detalles que aportamos acerca del nacimiento institucional de la htp, que pueden tener cierto interés para calibrar la significación profunda del proyecto nos valemos de los datos aportados en 1981 por la publicación *Histoire et temps Présent. Journées d'études des correspondants départementaux*, 28-29 novembre 1980. Paris, CNRS, 1981, por el *Bulletin* del IHTP y por *Écrire...*, o.c.

historia contemporánea o debería entenderse como una ruptura radical que ponía en causa la idea misma de historia contemporánea. En definitiva, no fue ni una cosa ni lo otra, sino una *vía media entre dos cuarentenas*. Prueba de ello es el compromiso sobre el propio nombre del IHTP que debería haberse llamado “Instituto de Historia del Mundo Contemporáneo”, pero acabó creándose un instituto distinto con ese nombre junto al de Historia Moderna y se descartó el nombre de “Historia Inmediata”. Se deduce de ello que el tiempo presente pasó a ser considerado “otra historia” sujeta a esa doble cuarentena de la que habla Trebitsch. El primer director del IHTP, François Bédarida, afirmó ya que la expresión “tiempo presente” “se había creado porque la de ‘contemporáneo’ era ambigua”.³⁵

El nacimiento de la *htp* en Francia está sujeta aún a otros parámetros ideológicos y sociales como ha puesto de relieve Jean-François Soulet³⁶. En ese nacimiento se condensa bastante de la necesidad de hacer una historia oral de la resistencia francesa ante la ocupación alemana. Pero es muy evidente que la recepción social de las diversas temáticas condicionó grandemente el progreso de la *htp*. Había cosas de las que había mucha pasión por su conocimiento y otras no. Dependía de la forma en que esa “memoria histórica” de lo reciente se removiera en traumas personales y colectivos. La *colaboración* o la *resistencia* eran situaciones tan contradictorias como para crear héroes y traidores, y todo ello sobre el fondo del inevitable oficialismo chauvinista impuesto a todo este recuerdo. Apetecía mucho hablar de la resistencia pero muy poco del fin de la IIIª República, como observó Remond, y muy poco también de las últimas guerras de descolionización. La *htp* no pudo formalizarse verdaderamente hasta la superación de un cierto temor a la memoria.

Ahora es el momento indicado para añadir que en España se desarrolla una *historia contemporánea* en el primer tercio ya del siglo XIX que hasta fines del siglo se mantiene al margen de la Historia oficial, pero que poco a poco va penetrando en ésta. Tenemos aquí un indiscutible precedente, entre aquellos que hemos calificado como más remotos, de lo que es nuestra concepción actual de una historia del tiempo presente. Entre otras cosas, como hemos dicho también, porque hace casi dos siglos la palabra *contemporánea* aparece ligada a la de Historia con el mismo significado estricto con el que hoy aparece *tiempo presente* y con el que sería más nítido que apareciera la expresión *coetánea*.

A la importancia de nuestra *analística contemporánea* en el siglo XIX he dedicado ya en otra ocasión un estudio relativamente extenso cuyos extremos no voy, por tanto, a repetir aquí³⁷. Destaquemos que fueron los *analistas contemporáneos*, los escritores de historias de la España reciente desde la invasión francesa, los que seña-

³⁵ *Écrire...*, o.c., 65.

³⁶ J-F. SOULET: *L'Histoire Immédiate*, o.c., 19.

³⁷ Me refiero a la ya citada “Introducción” a la publicación de la obra de Antonio Pirala *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista...* (véase nota 2), que ocupa las páginas VII-LXIII del vol. I y emplea la figura de Pirala como modelo aunque intenta hacer una caracterización general de los *contemporaneístas* del siglo XIX.

laron ya el cambio decisivo de las condiciones históricas al llegar el reinado de Isabel II. Ellos introdujeron la palabra “contemporánea” para designar un tipo de escritura de la Historia que ni cronológica ni estilísticamente se parecía a la Historia ilustrada y erudita de los hechos memorables del pasado. Contemporánea era justamente la “historia coetánea”, pero también una historia nueva, popular, basada muchas veces en documentos vivos u orales y exenta de convencionalismos retóricos en el lenguaje.

Los primeros contemporaneístas españoles, Pirala, Garrido, Fernández de los Ríos y otros, quisieron hacer una historia de su tiempo. Bien es verdad que esa historia tenía las mismas debilidades de fondo que las que ya arrastraba la Historia-Discurso, la Historia general o “gran Historia” cultivada hasta entonces. Era una historia de la política, de los acontecimientos, de los personajes. La Historia de lo contemporáneo no podía ser entendida en pleno siglo XIX de otra forma que ésta. Pero era ya también una historia *documental*, basada en documentos, que por vez primera no son sólo de archivo sino que también son transmitidos al historiador por sus protagonistas, sus custodios o sus referentes.

Es a fines del siglo cuando esta “historia contemporánea” empieza a identificarse no ya con coetánea sino con la historia pos-revolucionaria como un todo, con la historia del siglo XIX, hasta ir adquiriendo progresivamente el sentido que luego ha conservado hasta hoy, el de la historia de la revolución liberal y sus derivaciones hasta bien avanzado el siglo XX³⁸. Los institucionistas como Rafael Altamira fueron los primeros en entender bien la novedad de la historia del XIX, de la misma manera que en la transición posfranquista en la España de los años setenta se ha empezado a entender el sentido de una htp.

Así resulta que nuestra idea actual de una historia de lo presente no es tan actual pues sus precedentes se encuentran en la analítica contemporánea del siglo XIX cuyo caso español hemos estudiado ya a propósito de A. Pirala., aunque haya indudablemente matices distintos. Fue la generalización del paradigma de la historiografía del “hecho histórico” de una Historia exclusivamente “pasado” la que expulsó al presente de la Historia. El nacimiento de la historiografía académica en el XIX se hace con un espíritu enteramente contrario a la idea de una historia coetánea, por más que ese nacimiento encierre en sí un elevado grado de intención de “apoyo al presente”.

Con los *contemporaneístas* que surgen en el segundo tercio del siglo XIX se empieza a poner en circulación realmente el proyecto de una historia coetánea. La

³⁸ En este sentido es de interés el libro de Rafael Altamira *Cuestiones modernas de Historia* aparecido en 1904. Altamira afirma que en lo histórico “hay hechos que el historiador puede ver por sí” (p. 126) y da cuenta de que en el nuevo plan de estudios de las Facultades de Filosofía y Letras en España se establecía una licenciatura en Historia en la que aparecía la materia “Historia moderna y contemporánea” tanto de España como Universal. Es la primera aparición de tal cosa en España. Es de interés también el artículo del propio Altamira “Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX”, aparecido en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1923, nº 759 a 761.

conceptualización que entonces se hace de ello emplea el término *contemporánea*, término correcto y expresivo de lo que era una historia que no era como las demás. El problema es que con el tiempo lo “contemporáneo” ha dejado de ser precisamente lo coetáneo para convertirse en una convención cronológica. La presencia de una “historia contemporánea” en la enseñanza de la Historia fue anterior a la aparición misma de la categoría historia contemporánea. Con la htp ocurre algo semejante a partir del decenio de los años cuarenta de nuestro siglo, y aún más nítidamente desde las crisis que se suceden al final de la década de los sesenta. Empieza a observarse que el “mundo contemporáneo”, el que se ha forjado historiográficamente con esa historia contemporánea, se convierte en otro.

La conceptualización de una htp

Aunque la htp ha dado lugar ya a algunas empresas historiográficas concretas de estudio de temáticas históricas variadas referentes al más cercano a nosotros –asuntos siempre posteriores a la IIª Guerra Mundial– y ha propiciado la aparición de instituciones concretas en Francia o Alemania, según hemos visto, se trata de una sectorialización historiográfica que apenas cuenta con estudios teóricos, con trabajos dedicados de manera específica y de manera completa a establecer una conceptualización adecuada y generalizable de lo que debe entenderse por Historia del Presente o “Historia del Tiempo presente” en sentido estricto.

Los problemas reales de la htp, al margen de recuentos de lo investigado y de la retórica de los parabienes, de consideraciones de problemas falsos o complementarios, como el de su remisión a lo político, y de la repetición hasta el hastío de la existencia de dificultades tales como las fuentes, la falta de perspectiva o la implicación vital del historiador, apenas han sido abordados ni con seriedad ni con la amplitud debida. A veces es mucho más importante una observación lúcida, intuitiva y sin retórica de profesionales, como las hechas por Eric Hobsbawm que cientos de líneas de engolados parlanchines sobre lo que todos sabemos. La htp es, sin duda, un invento francés, ahora bien, la historiografía francesa, y todo el aparato institucional puesto al servicio de este invento, ha sido incapaz hasta el momento de hacernos ver claro, salvo los atisbos sin duda luminosos de algún especialista, qué es en definitiva y qué pretende una llamada “Historia del Tiempo Presente”, más allá de ser la historia “muy, muy contemporánea”.

De hecho, en un terreno pragmático, la historia de lo coetáneo es una forma de intervención de los historiadores en un mundo ocupado hoy generalmente por el “periodismo de investigación”, por analistas sociológicos empiristas y por encuestadores, o, a veces, por políticos en ejercicio o en el retiro. No hay ninguna razón para lamentar esta irrupción, a condición de que con ella se aporte algo. Pero, por parte de los historiadores, se trata de proponer un análisis de la realidad temporal inmediata –inmediata no en el sentido de precedente, sino de coetánea– con instrumentos más refinados y más globalizadores, imponiendo orden analítico y argumentativo. Muchos de los análisis de actualidad social que se hacen hoy pueden ser rehechos y mejorados, sin duda, a la luz de una verdadera metodología historiográfica. Pero, en

definitiva, una reflexión cuidadosa acerca de la naturaleza de la historia coetánea tiene que traer a colación un abanico suficiente de cuestiones previas, centrales y complementarias.

Si bien existe una bibliografía relativamente abundante, y con cierto carácter positivamente interdisciplinar, dedicada a cuestiones y aspectos estrechamente relacionados con la investigación de la historia más reciente - así, las fuentes orales, las historias de vida, las autobiografías, las encuestas de campo, etc. - apenas existen trabajos y, sobre todo, trabajos en profundidad, en busca del establecimiento de concepciones básicas en los terrenos epistemológico, metodológico y disciplinar. Son mucho más frecuentes las impresiones coyunturales, los pequeños ensayos interpretativos, que el trabajo sistemático de especulación teórica. D. Pechanski, M. Pollack y H. Rousso notaron que hay un déficit teórico importante en la disciplina de lo muy contemporáneo, “una desconfianza instintiva más neta aquí que en otros sectores de la historiografía francesa en relación con toda forma de conceptualización o modelización”³⁹.

La demarcación de una HTP parece hoy ya una idea no sólo posible de circunscribir de forma nítida sino, incluso, necesaria e imprescindible para el progreso de la comprensión histórica de la contemporaneidad y la coetaneidad. Pero no va a ser posible un verdadero salto cualitativo en esta comprensión, y ni siquiera va a serlo, lo que parece aún más importante, evitar tergiversaciones o trivializaciones, de esta forma nueva de entender el análisis histórico de la vida reciente sin un serio trabajo paralelo a las investigaciones que se hacen, pero muy activo, de reflexión fundamentadora.

La definición

Hace unos años que Pierre Nora señaló ya que la Historia Contemporánea según se venía entendiendo desde el nacimiento de ese concepto académico a fines del siglo XIX, es decir, como aquel tracto entre las periodizaciones cronológicas que abarcaba el tiempo transcurrido entre las revoluciones del siglo XVIII y los tiempos actuales, se había quedado “sin objeto, sin estatuto, sin definición”⁴⁰, a base de sus mismas contradicciones. Nora, a quien debe reconocérsele ser hasta ahora uno de los autores que, incluso en escritos meramente ocasionales, ha hecho observaciones más agudas acerca del significado de una historización del tiempo presente y de la relación de ello con la Historia Contemporánea, se ha pronunciado por la creación de una definición propia de la historia de lo presente que estaría muy lejos de ser una especificación cronológica, diferenciándola claramente de aquellos que como, incluso, François Bedarida consideran que se trata de una “démarche” pero también de un periodo⁴¹.

³⁹ “Le temps présent, une démarche historique à l'épreuve des sciences sociales”. En *Les Cahiers de l'IHTP*, 18, juin 1991, pp. 9-26.

⁴⁰ En *La Nueva Historia*, artículo “Presente”.

⁴¹ En *Écrire...*, o.c., 66.

La historia de lo coetáneo, la Historia del Tiempo Presente significa, en definitiva, y como punto de partida para su definición, *la construcción y, por tanto, la explicación, de la Historia de cada época desde la perspectiva de los propios hombres que la viven*. La htp es la historia de una edad cualquiera escrita por los *coetáneos*. En ese sentido es una categoría histórica y en forma alguna un periodo; puede ser luego una especificación de método y una cierta condición de “aprovecho”. Pero de manera alguna una época. Por las reflexiones que han sido vertidas en este mismo texto, podrá colegirse que, en nuestra opinión, la htp no coincide ni con la “historia inmediata”, ni con la historia más reciente dentro de la contemporánea, ni con los precedentes de la actualidad. La historia inmediata y la del presente son cuestiones distintas. En todo caso, la inmediata es una parte de la del presente y se caracteriza como un análisis provisional, periodístico, protocolar. Pero bastantes pretendidos especialistas en esta manera de historiar siguen hablando, sin embargo, de una cierta historia-periodo en el caso de la htp⁴².

Por no tratarse de un periodo podemos hablar de la htp como una Historia Coetánea. Ésta no se refiere, por tanto, al pasado, ni aún al pasado inmediato de los hombres que escriben esa Historia, sino que su construcción, su escritura, tiene que interferir con su propia vivencia personal. A diferencia de la Historia escrita clásica—desde la Prehistoria a la Contemporaneidad— no es la reconstrucción y explicación de la vida social de una determinada época hecha por los hombres desde el futuro de esa época misma—no vale aquí la remisión de nada a “los historiadores del futuro”—. No es Historia-Pasado, ni aún del pasado inmediato, sino Historia-Presente, es decir, la experiencia vital misma analizada como Historia.

Se comprende así que la htp no sea una Historia con una cronología específica, de una época. La htp tiene muy diversas cronologías en función de los individuos que la hacen, que la escriben y que la consumen. La htp es una forma de análisis de cada sociedad en desarrollo, en proceso fluente. Es una categoría de lo histórico y de lo social. Josefina Cuesta ha dicho que es “la posibilidad de análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre los actores y testigos de la historia y los propios historiadores”⁴³. Una definición enteramente suscribible.

La htp *existe en todas las épocas*. Como *coetaneidad* no se incardina en ninguna de ellas como tal ni es el momento final de nuestra contemporaneidad. Robert Frank ha señalado justamente también que la htp no es la “historia inmediata”, no se interesa únicamente tampoco por la “espuma de la actualidad” sino que se inscribe en las profundidades y espesores del tiempo histórico⁴⁴. Ello debe interpretarse en un doble sentido. Primero, en el de que lo presente históricamente no es ya lo periodísticamente *actual* sino el fundamento profundo, la razón, de lo actual, su perspectiva y su carácter acumulativo. Después, que la profundidad y espesor del tiempo histó-

⁴² Bedarida, Pechanski, Trebitsch, Frank, lo hacen así. No lo hacen Nora o Rioux.

⁴³ J. CUESTA: *Historia del Presente*. Madrid, Eudema, 1993. 95 pp.

⁴⁴ En *Écrire...*, o.c., 16.

rico permite hablar de muchas contemporaneidades: la de Tucídides, la de Maquiavelo, la de Barruel, Pirala o Hobsbawm, por poner ejemplos.

La htp como la historia de la generación activa

La idea de generación en la Historia y del uso de un “método de las generaciones” para escribir la historia se ha planteado más de una vez y de una forma especialmente atractiva lo fue por Ortega y Gasset. Sin la pretensión de generalizar esa idea y menos de convertirla en un método universal, es evidente que la historia del presente tiene bastante que ver con la vida y el significado de la *generación* histórica.

La htp debe estar ligada a lo que llamamos en el desarrollo psicosociológico el *ciclo de vida*. La htp es una propuesta que representa, sin duda, un difícil equilibrio entre el adentrarse en las ciencias del yo subjetivo o mantenerse en la objetividad de los sujetos colectivos. Es, pues, una propuesta no fácil de articular que juega siempre entre las vidas de los sujetos vistas como historia y el desarrollo de nuestra sociedad en el plano de los movimientos colectivos sin llegar al sujeto individual. Es posible que la generación sea un sistema válido de articular esta relación entre lo individual y lo colectivo.

Según dijo Ortega acertadamente, la vida histórica de un momento no se articula en torno a una generación sino en torno a la coincidencia de varias. El presente es el punto de confluencia de varias generaciones, a nuestro modo de ver de tres y no de dos, como pensaba Ortega. Y ello, entre otras razones, por la espectacular prolongación de la vida media de los individuos en esta segunda mitad del siglo XX. Pero la historia del tiempo presente es la historia entendida por la *generación activa* en cada momento, la propia visión de la historia que tiene esa generación presente, así como su propia idea del mundo que le rodea.

Como historia “generacional” la htp tiene en cuenta a la generación inmediatamente anterior, que es la que nos facilita habitualmente el testimonio oral y, lo que resulta más arriesgado, está escrita también con vistas a la generación siguiente. La htp es la única forma de historiar que incluye algo de prospectiva. La vida y experiencia, en cuanto toda vida o experiencia humana es historia, de la generación activa, o si se quiere más propiamente, esta imbricación entre la generación activa, la generación transmisora y la generación en expectativa –las tres que son identificables en una coyuntura histórica por cada sujeto o colectivo– son objetivos del historiador de la misma manera que lo es esa realidad o esa entelequia que llamamos *pasado*.

La htp como institucionalización y registro de la memoria

El hecho de la memoria parece pertinente aquí desde varios enfoques por su relación directa con la idea de una historia del presente, y a ello hemos aludido ya. El espacio de la htp es el de la memoria personal del individuo. La htp convierte a la memoria en objeto de historia y hacer esto equivale a hacer historia de un tracto

cronológico que abarca lo mismo que los contenidos de memoria del sujeto y de su generación. El presente del individuo es siempre el conjunto de la memoria directa que se almacena en su cerebro y que recoge toda su experiencia vital. La objetivación colectiva de ello es la htp.

Primero hay que referirse a la relación bidireccional presente-pasado-presente. Después, a que la historia ve el acontecimiento desde fuera, dice Bedarida, mientras que la memoria se vincula al acontecimiento, más bien lo vive desde dentro. F. Furet se ha fijado en el par historia vivida-historia contada, lo que nos permitiría esa distinción entre una historia presente y otra que no lo es. La cuestión es aquí cómo la historia refleja la memoria. La memoria es la materia prima de la historia y donde acaba la memoria empieza la historia⁴⁵ pero la memoria colectiva del pasado no tiene por qué expresarse solamente a través de la historiografía. No existe un proyección ilusoria del presente sobre el pasado: cada vez que una de las virtualidades contenidas en algo histórico se desvelan totalmente, ellas proyectan retroactivamente luz sobre el acontecimiento inicial.

Es también pertinente la distinción entre la memoria *escrita* y la memoria *oral*. Esto es de una esencial importancia en la htp donde la memoria oral puede jugar un papel testimonial esencial. Al contrario que en la historia contemporánea al uso donde siempre se ha tenido a la escrita por la esencial y a la oral por la secundaria y popular; en la historia del presente eso acostumbra a no ser así. En la htp la memoria de una generación se objetiva; la memoria individual se hace colectiva y viceversa. Y ello es así también porque para el historiador de la htp hay memoria personal en juego.

La htp como experiencia existencial

Señalaba Ortega que la Historia tenía preeminencia sobre todas las demás ciencias: “La historia, hable de lo que hable, está siempre hablando de nosotros mismos, los hombres actuales, porque nosotros estamos hechos del pasado, el cual seguimos siendo, bien que en el modo peculiar de haberlo sido”⁴⁶. Y continúa, “por historia entiendo el estudio de la realidad humana desde el más remoto pasado hasta los hombres presentes inclusive”. Estas y otras muchas observaciones de Ortega sobre la naturaleza de lo histórico convergen en su creencia de que la experiencia vital e histórica convierte lo vivido en presente. Nada más adecuado que este pórtico para entender que la historia del presente puede ser la historia entera del individuo y que corresponde exactamente a esa experiencia vital.

La htp como acceso histórico a la comprensión del presente

Existen en realidad dos formas de la htp. Una como ideación objetiva, como concepto-categoría y como tipo de historia e historiografía. Como empresa de conoci-

⁴⁵ En *La Nueva Historia*, o.c., artículo “Memoria colectiva”.

⁴⁶ J. ORTEGA Y GASSET: “Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee”. *Obras Completas*, IX. Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente, 1983, p. 70.

miento y como parte de la ciencia historiográfica. Hay una htp abstracta. Pero luego hay también una htp concreta, nuestra propia y personal htp, la de los historiadores que en este momento la registramos. Esta es la peculiaridad trascendente de la htp: que es historia objetiva y subjetiva a un tiempo. Esto le ocurre a toda Historia: esa Historia es siempre nuestra, lo cual conlleva unas implicaciones epistemológicas que suelen discutirse siempre bajo el rótulo de la *objetividad*, aunque sea falsamente.

Pero en la htp la idea de una *historia nuestra* es consustancial, explícita. El sistema sujeto-objeto es el elemento mismo objeto de estudio directo no el objeto de proposiciones protocolares y cognoscitivas previas. La tradicional historia contemporánea se nos ha quedado ya como una concepción inservible para este objeto, para el acceso al presente como contenido de nuestra experiencia directa. Una accesión a nuestro tiempo desde *lo histórico* podría ser una experiencia educativa también del más alto interés que diera una perspectiva dinámica al entendimiento del mundo social. Se entendería así la htp como el estudio de una realidad histórica concreta: nuestro tiempo. Pero también una manera de acercarse a su análisis y subsidiariamente una forma de empezar a hablar de una concepción distinta de la investigación sociohistórica.

La presencia de una historia del presente es no ya sólo tendencia de nuestro tiempo, sino algo que parece imparable, irrevocable. El primero de los peligros que ello conlleva es el de que *Clío vivida* se nos quiera tergiversar y bastardear como una biografía de la vulgaridad y la banalidad. Una htp que sea verdadera historia y que de cuenta de nuestra experiencia como un todo y nuestra experiencia colectiva no puede ser ninguna forma de historia del ayer, ni “reciente” ni “inmediata”, sino actual. Tampoco sería una historia de la superficie inmediata de las cosas vividas. Sería lo contrario, por ejemplo, del proyecto de explicar la historia de la transición posfranquista española a base de las maniobras, las clarividencias, los aciertos, las prudencia y cautelas, la capacidad consensual de nuestros políticos, viejos gobernantes y nuevos dirigentes. Ello es hurtar lo histórico a sus verdaderos protagonistas o a una gran parte de los protagonistas.